
La traza: origen mítico de nuestra ciudad

Marcela Dávalos

En casi cualquier historia de la ciudad de México aparecen referencias a su traza. ¿Qué es la traza? Se trata de una supuesta frontera¹ que dividió a la ciudad de México colonial en dos: de un lado debían habitar los españoles y del otro los indígenas. Pero además de ser el cuadrángulo que marcó el límite entre la ciudad española y la indígena, la traza es también el diseño con que se ordenaron los solares. La traza en damero, modelo al que nos referiremos aquí, es una cuadrícula en cuyo centro se encuentra la plaza mayor; es decir, desde la plaza en que se hallan los principales edificios públicos y la catedral, las calles corren paralelas formando ángulos rectos entre sí.

Entre la traza y los indios existe una relación estrecha, pues la zona indígena comenzaba donde terminaba la ciudad. La traza se refiere al diseño de la ciudad, y en ésta no habitan los indígenas. De modo que en aquella época la palabra “ciudad” no significaba lo mismo que hoy para nosotros: cuando alguien se refería a ella, lo hacía aludiendo exclusivamente a aquello que estaba dentro de esa frontera. Un bonito ejemplo puede aclarar este punto: a mediados del siglo XVIII el señor Antonio Padilla, que llevaba 30 años haciendo cajetas y dulces, explicaba que “siempre ha estado precisado a venir a la ciudad a vender sus cajetas”² puesto que vivía en un barrio de indios y entre gente pobre que no tenía recursos para poder comprar sus postres.

Hay que comenzar esta historia por el principio. La traza es un asunto que la capital arrastra desde el siglo XVI. Fue la fundación española quien bautizó con el nombre de ciudad a la parte central, y a la periferia circundante como pueblos de indios, parcialidades o barrios indígenas. La historia cuenta que la ciudad fundada sobre Tenochtitlan fue uno de los casos excepcionales en que una urbe colonial se levantaba sobre un sitio con tanta población.

Los cronistas fueron los primeros que comenzaron a hablar de la traza. A Cortés y a Alonso García Bravo se les atribuye el diseño que rigió desde el momento de la fundación española. Todos los autores posteriores, sin excepción, los han tomado como fuentes de primera mano para suponer cómo fue la ciudad antes de la conquista y durante los primeros momentos de la colonia. Con los relatos de los conquistadores comenzó esa historia que habla de que los aztecas tenían anchas avenidas que se dirigían hacia los cuatro puntos cardinales, así como la de sus grandes edificios, sus diques o sus mercados. Antes de sus narraciones ningún documento parece hablar explícitamente sobre la ciudad indígena precortesiana.

La fundación hispana de la ciudad de México ha marcado una ruptura temporal entre lo que pudo haber sido la “ciudad” azteca y la ciudad colonial española. Existen claras evi-

dencias de que la ciudad colonial se levantó sobre las ruinas que quedaron de la indígena, pero además hay autores que hablan de una continuidad entre la ciudad prehispánica y la colonial: que los españoles, aun cuando hubieran destrozado las construcciones mexicas, levantaron sus edificios sobre el modelo urbano que regía entre los prehispánicos.

Hasta hoy, todo el mundo está de acuerdo en que para la traza de la ciudad de México rigió el modelo en damero; el problema viene después, cuando los autores se preguntan de dónde procedió esa traza reticular. No se sabe si se trata de un modelo dictado por los europeos, o si tiene alguna influencia de las culturas prehispánicas. Hay quienes opinan que se trata de una copia de las ciudades medievales del renacimiento italiano, retomado por los españoles contra los moros y luego importado a América; hay quien piensa que ese modelo tiene relación con los presupuestos teológicos de Santo Tomás de Aquino, o que las órdenes mendicantes crearon un nuevo modelo de urbanización; otros autores hablan de una continuidad desde las ciudades romanas hasta principios del siglo XVI; en fin, las posibilidades de referirnos a los orígenes de la traza en el pensamiento e historia europeos son muchas y muy variadas.³

Sin entrar en detalles, por un lado están los autores que buscan estrictamente los orígenes de la traza en las tradiciones occidentales, y por el otro, quienes piensan que en el trazado en damero existió cierta influencia indígena. De lo que no hay duda es de que ningún autor ha sostenido que el cien por ciento de los elementos propios de la ciudad colonial en damero fueron influencia indígena; e incluso más, se ha discutido si sus centros ceremoniales pueden considerarse o no ciudades.⁴

Otros han planteado esta pregunta de la siguiente manera: "¿en qué medida los indígenas americanos habían desarrollado centros urbanos antes de la llegada del hombre blanco?"⁵ Y a pesar de que Borah es de los que sostienen que Tenochtitlan sí fue una ciudad, no deja de destacar el contraste que hace entre los indígenas y el hombre blanco; esto bien podría

leerse como un contraste entre civilizados con "casi" civilizados. Los estudios de Antonio Caso, de Manuel Toussaint, de Jorge Hardoy, de Erwin Walter Palmer, de Francisco de Solano, de Richard Morese, de Woodrow Borah, de Edmundo O'Gorman, de Sonia Lombardo y de varios investigadores más, giran en torno a esa misma pregunta: ¿las ciudades en Nueva España nacieron con la llegada de los españoles, o eran ya ciudades los *habitats* precolombinos?

¿A qué nos lleva responder esto? ¿Qué importancia tiene afirmar si los aztecas conocían o no la traza en damero? ¿Por qué se duda que los prehispánicos hubieran podido vivir en ciudades? Y si nos adherimos a la idea de que fueron los españoles los promotores de dicho modelo y que los indígenas no lo conocían ¿qué implicaría? Detrás del interés por conocer si una ciudad estaba o no diseñada en damero, si estaba trazada con calles paralelas y un centro se esconde el deseo de conocer el grado de civilización alcanzado por una sociedad. Porque a la ciudad, por axioma, se le tiene asociada con civilización y por ende a sus habitantes con civilizados. No a cualquier "campamento gitano" la historia lo ha considerado ciudad; para serlo, se le han exigido atributos. Ser ciudad es ser una población con cierta jerarquía.⁶

Aunque en la historiografía urbana la traza ha tenido diversos significados, siempre ha sido uno de los elementos claves para considerar a una ciudad "ideal", reflejo de perfección de un espacio. La traza se ha visto como el reflejo de la manera en que los hombres se ordenan para convivir. A la disposición de las urbes se le ha atribuido distintos significados: lugar de reunión de hombres públicos, temporalidad divina, sitio-fortaleza, higiene, orden y muchos otros. Con la traza la historia ha medido el grado de cultura y de civilización de las poblaciones; ha sido la vara para medir el progreso.

Quienes se han preguntado si las ciudades precolombinas eran ciudades, quizá en el fondo han querido encontrar rasgos cualitativos que permitieran ver ciudades en las *formas de habitación* prehispánicas. El único gran problema es que se ha terminado por ver entre los

aztecas rasgos propios de una cultura terriblemente alejada de la prehispánica: la nuestra. A los *habitats* prehispánicos se les ha medido con el criterio propio de una ciudad moderna, regida por nociones como las de patria, circulación, estado y riqueza.

Para mostrar que sí eran “ciudades”, los autores han empleado, además de la traza, dos elementos tomados desde finales del siglo XVIII como reflejo de un alto grado de civilización: la población y la superficie. Si bien se hace hincapié en sus calles rectas, en sus plazas o en las características monumentales de sus recintos ceremoniales, sobresale la preocupación por conocer la cantidad de población y superficie de Tenochtitlan.

Esos dos valores han generado una gran cantidad de investigaciones sobre cuál pudo haber sido el área y cuál el número de habitantes en las islas de Tenochtitlan-Tlatelolco. Borah nos dice que “es más probable que los autores que sostienen que hubo una gran cantidad de población prehispánica acepten la existencia de un grado considerable de urbanización, que los autores que hablan de pocos habitantes en Tenochtitlan”.⁷ Para la modernidad las ciudades son más ricas mientras mayor población tengan; por ello ciertos autores, ansiosos de demostrar que la sociedad mexicana no era salvaje, han forzado a las fuentes a enunciar la gran cantidad de territorio y habitantes que poseían los antiguos mexicanos. ¿A partir de qué información se ha podido suponer esto?

Los cronistas y los planos han sido hasta hoy una de las fuentes principales para conocer la ciudad prehispánica. Y aunque se habla de leyendas, manuscritos pictóricos o registros nativos, todos ellos han sido interpretados y explicados en latín o español. El exceso de literalidad en la interpretación de aquellas fuentes ha generado polémica: se dice que habiendo sido producidas en el siglo XVI, poseen fines, referencias y valoraciones distintas a las del siglo XX. Se dice que sus referencias del mundo eran teológicas; que concebían a Tenochtitlan como una Babilonia infestada de paganos a cristianizar; que su comparación de las pirá-

mides con mezquitas se debe a una supuesta continuidad entre la Reconquista y la conquista de América... en fin, parece que nosotros hemos impuesto nuestros valores para comprender un mundo que nos es ajeno.

En realidad, cuando se leen estudios sobre cómo era la ciudad precolombina siempre saltan frases como “una posibilidad es que”, “pienso que”, “es difícil precisar”, “existen estimaciones de”, “es posible que”: todo lo que ronda la historia prehispánica de la capital es un mundo de suposiciones. No hay nada definitivo. ¿No deberíamos empaparnos de las referencias culturales de los cronistas para poder comprender sus fines? ¿Los letrados del siglo XVI daban importancia a las cifras estadísticas? ¿En su mundo registraban la idea de patria? ¿Acaso para ellos significó, como para nosotros, la fórmula de a mayor población y territorio más riqueza en una nación?

Para mostrar que la ciudad mexicana tenía cierto grado de civilización se han deducido cifras de unas cuantas frases de los cronistas. Entre otras se halla el ejemplo de Cortés, quien, al enviar sus *Cartas de Relación* a Carlos I de España comparó a Tenochtitlan con Sevilla y Córdoba; o los comentarios de Bernal quien dice que vio “sesenta mil ánimas comprando” en el mercado; o Motolinia enunciando “cosa tan llena de gente” o Pedro Mártir, o López de Gómara, o el cronista Herrera, Prescott y Humboldt quienes hacen ciertas aproximaciones numéricas no comprobadas por posteriores investigaciones.

Con el fin de complementar aquellas frases se han empleado además dos planos: un mapa postcortesiano en papel de maguey, “que representa a un distrito de chinampas que ha sido localizado al norte de la ciudad” —el cual no se sabe si fue hecho entre los años 1557 y 1563 o bien una generación antes— y un segundo mapa atribuido a Cortés y cuya fecha de realización tampoco está clara. Con estos dos planos se ha supuesto la población que habitaba en Tenochtitlan: aquél aporta datos de un área de chinampas en el norte de la ciudad, lo cual ha permitido deducir el área de chinampas de los demás puntos cardinales, y el otro se

remite a la zona urbanizada, al "centro" de la ciudad.

Luego de calcular que el mapa de papel maguey representa una superficie aproximada de 242 mil metros cuadrados, o sea, 24 hectáreas, es decir, 400 solares, y de asociar esta cifra con la escasa información de los cronistas, se calculan 2 mil personas ocupando 24 hectáreas. Lo increíble es que, después de esta serie de laboriosos cálculos, uno de los mejores y más serios especialistas en el tema nos advierte lo siguiente: "Pero es difícil precisar cuál fue el área de la ciudad ocupada por las chinampas... (con el mapa de papel maguey). Para intentarlo debo ensayar un rodeo... (con) el plano atribuido a Cortés.. (pero) como carece de una escala gráfica y fue dibujado con una falta total de escala visual, resulta una representación muy desproporcionada de la ciudad y de difícil interpretación".⁸ Y de estas fuentes se ha escrito la historia de la ciudad mexicana que hasta hoy conocemos.

¿Cómo es posible que se haya construido una historia de la ciudad mexicana sobre suposiciones de las suposiciones? ¿Cómo es posible que hoy día le reprochemos a un plano del siglo XVI que no posea escala visual y sea desproporcionado? ¿No será que los cronistas eran ajenos a nuestras escalas numéricas?; y sin embargo, hemos partido de ahí para demostrar que los mexicanos eran una gran civilización. ¿No estaremos imponiendo a las fuentes de aquel siglo criterios que no les corresponden? ¿Es posible conocer aquella cultura? ¿Acaso no fue destruida y nos quedan sólo huellas

casi indescifrables? ¿No podríamos pensar que los conquistadores vieron solamente lo que su cultura les permitió?

La historiografía actual plantea cada vez más problemas sobre la interpretación de las fuentes; se trata, dice, de marcar la distancia cultural de nuestro mundo con aquél en que pudieron vivir los cronistas, y de darse cuenta de que los documentos son puro lenguaje y no realidad pasada. Para conocer quiénes eran los conquistadores, se debe especificar si eran soldados o religiosos, si sabían o no leer y escribir, si pertenecían a la corte o eran del pueblo llano, a quién dirigían sus escritos, con qué motivo, en qué momento lo escribían, en fin, hoy día se ha dado una importancia vital a quién produce los mensajes, a quién van dirigidos y cómo eran recibidos por los individuos en el universo mental al que pertenecían.

Los españoles crearon una ciudad sobre ancestrales formas de sobrevivencia de las que poco sabemos. Sus relatos hablan más de ellos mismos que de los indígenas; más de la importancia que tuvo en su mundo mental renacentista la traza que la manera en que fue recibida por los nativos. Las crónicas han servido para escribir sobre historia prehispánica durante casi cinco siglos: su gran virtud y su gran defecto. Sólo que ahora, la versatilidad de la historia nos muestra que para descifrar de ellas la vida indígena, debemos antes considerar que la teología, las ciudades ideales, las jerarquías y la guerra, no son más que los valores medievales que regían cuando las crónicas fueron escritas.

Notas

¹ Aquí no entraremos en detalles de la efectividad que tuvo o no la traza. Edmundo O'Gorman sostiene que la traza nunca logró separar el sitio de habitación de los indígenas del de los españoles. "Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, Secretaría de Gobernación, octubre-diciembre, 1938; Ver también Antonio Caso y Silvio Zavala, "Métodos y resultados de la política indigenista en México", México, *Memoorias del Instituto Nacional Indigenista*, 1954, pp. 37-42.

² Archivo Histórico de la Ciudad de México, *Real Audiencia Fiel Ejecutoria Veedores*, vol.3833, exp.59, 1745.

³ Woodrow Borah, "La influencia cultural europea en la creación de los centros urbanos hispanoamericanos", *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, México, SEP-Setentas, 1974, pp. 66-94. "Aspectos demográficos y físicos de la transición del mundo aborigen al mundo colonial", *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América latina*, FLACSO, Buenos Aires, Ed. SIAP, 1978, pp. 59-89; Francisco de Solano, *Política de*

concentración de la población indígena: objetivos, proceso, problemas, resultados, Madrid, Separata de *Revista de Indias*, núms. 145-146, 1976; Erwin Walter Palm, "Tenochtitlan y la ciudad ideal de Durero", *Journal de la Société des Americanistes*, 1951, pp. 59-66. "La aportación de las órdenes mendicantes al urbanismo en el virreynato de la Nueva España", *XXXVIII Congreso Nacional de Americanistas*, Stuttgart, 1968; Jorge E. Hardoy, "Las formas urbanas europeas durante los siglos XV al XVII y su utilización en América Latina", *Urbanización y proceso social en América*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1972, pp. 157-190; Richard Morse, "The Urban Development of Colonial Spanish America", *The Cambridge History of Latin America*, vol. II, Cambridge University Press, 1984.

⁴ Jorge E. Hardoy, *Ciudades precolombinas*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1964; Edward E. Calneck, "The Internal Structure of Cities in America Pre-columbian Cities: the Case of Tenochtitlan", en *Urbani-*

zación y proceso social en América, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1972, pp. 347-358; Sonia Lombardo de Ruiz, "Influencia del medio físico en el crecimiento de la ciudad de México hasta el siglo XIX", *Cuaderno de trabajo 4*, México, Seminario Historia Urbana, INAH, 1974, pp. 50-70; Alfonso Caso, "Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, enero-marzo, 1956, pp. 7-63; M. Toussaint, F. Gómez de Orozco y J. Fernández, *Planos de la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1938.

⁵ Woodrow Borah, "Aspectos demográficos...", *op. cit.*, p. 59.

⁶ Jorge Alberto Manrique, "La ciudad: de la civilización a la barbarie", *La ciudad concepto y obra*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1978, pp. 257-267.

⁷ Woodrow Borah, *op. cit.*, p. 59.

⁸ Jorge Hardoy, *Ciudades precolombinas*, *op. cit.*, p. 184.



La Santísima.